

SOBRE EL CONCEPTO DE INTELLECTUAL*

Christophe Prochasson

École de Hautes Études en Sciences Sociales (París)

Introducción

En los últimos veinte años la historiografía francesa no ha escatimado esfuerzos para contribuir a dilucidar la noción de intelectual, siendo muchos los que piensan que este concepto se aplica a una figura social del todo singular. No habría intelectuales más que en Francia. El mismo término raramente encuentra un equivalente exacto —¿pero no es propio de la traducción el no dar nunca un *equivalente exacto*?— incluso si algunas situaciones extranjeras, como en España y en Alemania, donde el vocablo «Intellektuell» se deriva de la situación contemporánea francesa, o incluso en Italia, evocan algunos rasgos semejantes en este asunto¹. Por otra parte, sería necesario fijarse en las constricciones propiamente lingüísticas que pesan sobre la posibilidad de transferencia de este concepto. Por rica y controvertida que haya sido la historiografía francesa a propósito de este tema, no es indiferente señalar que aquélla está limitada sobre todo a dos aproximaciones dominantes, a saber: la historia de los intelectuales se ha escrito, sobre todo, en los ámbitos respectivos y rivales de la historia política y de la historia social². No existe una tradición de historia intelectual de los intelectuales en Francia, a la manera de lo que conocemos en Inglaterra, Estados Unidos o incluso en Alemania. Lo que complica seriamente la labor de aquél que busca describir la historia de un concepto a menudo definido por los historiadores mediante un esfuerzo teórico, dando lugar a lo que

* Traducción del francés por Carlos Larrinaga.

¹ Véase Christophe CHARLE, *Les intellectuels en Europe au XIX^{ème} siècle. Essai d'histoire comparée*, Seuil, París, 1996.

² Sobre este aspecto, véanse dos puntos de vista recientes: Vincent DUCLERT, «L'histoire des intellectuels: un problème pour l'histoire culturelle», *Cahiers du Centre de recherches historiques*, avril 2003, pp. 25-29, y François DOSSE, *La marche des idées. Histoire intellectuelle et histoire des intellectuels*, La Découverte, París, 2003.

Koselleck denominaría sin duda «concepto *ex post*», que no tiene para nada en cuenta los cambios de la noción cuya antigüedad no va más allá de un siglo, si se la quiere reducir, de una manera nominalista, a su aparición a finales del siglo XIX³.

1. Indicaciones teóricas

Sin embargo, es evidente que la historia teórica del *intelectual* existe. Está jalonada de grandes textos que quizás no tuvieron todos ellos el brillo de los densos desarrollos que un Kautsky o un Gramsci consagraron a tal reflexión, pero que no por ello dejan de esbozar una historia de pleno derecho. Ésta aparece envuelta en las redes de una historia social y cultural que la ilumina e desaconseja concebir la historia del concepto de *intelectual* encerrada en la más tradicional historia genealógica de las ideas⁴. Conviene recordar, pese a todo, algunos grandes momentos de esta historia teórica del intelectual antes de pasar a un rápido examen de una noción tal como puede ser abordada desde el punto de vista de una historia socio-cultural. Como la historia de los intelectuales está íntimamente ligada a la historia política (lo que explica en parte que la historiografía de los intelectuales se haya fijado en la historia política aun sin dejar de reclamar otros enfoques), los grandes momentos de definición teórica están relacionados con los acontecimientos políticos durante los cuales los «intelectuales», bajo sus diferentes clases, se encontraban implicados o por lo menos concernidos. Se pueden distinguir cuatro secuencias de reflexividad cuyo contenido procuraremos sintetizar en lo que a su contenido se refiere un poco más adelante.

Sería necesario asimismo matizar todas las posturas que presiden esta tarea de definición, todo lo que hay de pose —«Je n'aime pas en moi l'intellectuel», escribe Pierre Bourdieu en su obra *Méditations pascaliennes*⁵—, de cálculo, de respuesta aplazada, de provocación, de autojustificación y de mala conciencia. No se habla impunemente de los intelectuales. No se les define sin una vaga segunda intención puesto

³ Christophe CHARLE, *Naissance des «intellectuals», 1880-1900*, Éditions de Minuit, París, 1990.

⁴ A modo de ejemplo véase Nicole RACINE, «Bataille autour d'intellectuel(s) dans les manifestes et contre-manifestes de 1918 à 1939», en Danielle BONNAUD-LAMOTTE y Jean-Luc RISPAIL (eds.), *Intellectuel(s) des années trente. Entre le revê et l'action*, CNRS, París, 1989, pp. 223-238.

⁵ Pierre BOURDIEU, *Méditations pascaliennes*, Seuil, París, p. 16.

que los primeros productores de sentidos son los propios intelectuales. Lo que equivale a sostener, ni más ni menos, que la historia del concepto *intelectual* esconde un gran discurso sobre sí mismo detrás del cual podría dejarse entrever una biografía intelectual... del mismo intelectual.

El momento de mayor auge es bien conocido. Se produjo en torno al caso Dreyfus. Los intentos de definición se repartieron, además, bastante equilibradamente en los dos campos. Georges Sorel, Charles Péguy, Émile Durkheim, Ferdinand Brunetière, Maurice Barrès, etc. trataron de dar una primera definición canónica que enseguida se convirtió en una referencia explícita, en vigor hasta el final del siguiente siglo⁶. Por otra parte, este hecho no se dio sólo en Francia. A menudo se ha subrayado la concomitancia con el caso español y la «Generación del 98». Sin duda, sería preciso analizar con más detenimiento los términos de la comparación, sobre todo desde el punto de vista de los conceptos normales y de los actores del debate (por lo que concierne a Francia, escritores y sociólogos, universitarios y ensayistas).

El segundo momento me parece que se inscribe en la corriente de desmovilización cultural que siguió a la Gran Guerra y constituye el primer gran proceso a los intelectuales (aunque —¿es necesario recordarlo?— el ciclo anterior estuvo también marcado por un anti-intelectualismo muy fuerte, tal como lo revela un número considerable de micro-discursos puestos en circulación no sólo por escrito, sino también mediante imágenes⁷). De Henri Barbusse a Romain Rolland y hasta Julien Benda, turiferario de la «trahison des clercs» (traición de los letrados⁸), se invita a redefinir una noción trastornada por la experiencia de la guerra. Los comienzos de los años veinte constituyen también un momento importante en la historia de la definición de los intelectuales por otra razón. Artículos y asociaciones (sobre todo la Confederación de trabajadores intelectuales), con ambiciones casi sindicales, trataron, frente a la degradación de las condiciones materiales del ejercicio de muchos oficios intelectuales, de agruparlos y de esta manera darles un estatuto. El aspecto central de la autonomía de los «clercs» fue puesta

⁶ Véase Jacques JUILLARD, Michel WINOCK, Pascal BALMAND y Christophe PROCHASSON (dirs.), *Dictionnaire des intellectuels. Les personnes. Les lieux. Les moments*, Seuil, París, 1996 (reedición en Seuil, París, 2002).

⁷ Sobre el papel de la imagen en la definición del intelectual, véase Christophe PROCHASSON, «L'image sans le son: le petit théâtre des intellectuels français au XIX^e siècle», *Modern and Contemporary France*, 9/1, February 2002, pp. 55-69.

⁸ El título de este libro suele traducirse como «traición de los intelectuales», pero en este caso tomamos entendemos el término letrado en el sentido de persona con formación académica, es decir, instruida (N. del T.).

nuevamente sobre la mesa y con ello el de su relación con el Estado y las grandes instituciones.

El tercer momento que yo destaco, durante los años de 1950, modifica poco los términos de la discusión. Sartre, ya se sabe, coloca en el centro del debate la cuestión ético-política del compromiso. La inserción en los cuadros políticos sigue siendo aún muy apremiante. El cambio más sensible es más perceptible en el cuarto momento que se destaca a partir de los años 1980, cuando surge el interrogante sobre el futuro mismo del intelectual como figura social: «le mot intellectuel, escribía Foucault en abril de 1980⁹, me paraît étrange. D'intellectuels, je n'en ai jamais rencontré. J'ai rencontré des gens qui écrivent des romans et d'autres qui soignent des malades. Des gens qui font des études économiques et d'autres composent de la musique électronique. J'ai rencontré des gens qui enseignent, des gens qui peignent et des gens dont je n'ai pas bien compris s'ils faisaient quoi que ce soit. Mais d'intellectuels jamais. En revanche, j'ai rencontré beaucoup de gens qui parlent de l'intellectuel»¹⁰. Me parece, en verdad, que jamás hubo hasta entonces tal abundancia de textos consagrados a los intelectuales. Después de haber estado apartados largo tiempo de tales debates, en los que participaban prioritariamente escritores, sociólogos y filósofos, los historiadores se han incorporado a ellos. Ciertamente, los primeros se limitaron en su mayoría a impulsar los intercambios para reajustar el concepto en el contenido propiamente intelectual de la actividad intelectual. Michel Foucault debe ser nuevamente citado aquí: «Être à la fois un universitaire et un intellectuel, c'est essayer de faire jouer un type de savoir et d'analyse qui est enseigné et reçu dans l'université, de façon à modifier non seulement la pensée des autres, mais aussi la sienne propre. Ce travail de modification de sa propre pensée et de celle des autres me paraît être la raison d'être des intellectuels»¹¹. Pero esta figura del

⁹ Michel FOUCAULT, *Dits et Écrits, 1954-1988*, Gallimard, Paris, 1994, t.IV, p. 105 (entrevista publicada en «Le Monde» en abril de 1980). Ver los comentarios que hace Gérard NORRIEL, *Penser avec, penser contre. Itinéraire d'un historien*, Belin, París, 2003, pp. 239-240.

¹⁰ «La palabra intelectual me parece extraña. Yo nunca he encontrado intelectuales. He encontrado personas que escriben novelas y otras que curan enfermedades. Personas que hacen estudios económicos y otras que componen música electrónica. He encontrado personas que enseñan, personas que pintan y personas de las que no he comprendido bien qué es lo que hacían. Pero jamás intelectuales. Por el contrario, he encontrado muchas personas que hablan de los intelectuales».

¹¹ «Ser a la vez un universitario y un intelectual es tratar de desempeñar un tipo de saber y de análisis que se enseña y recibe en la universidad, modificando no sólo el pensamiento de los otros, sino también el suyo propio. Esta tarea de modificación del propio pensamiento y del de los otros me parece que es la razón de ser de los intelectuales».

intelectual en la obra de Foucault —que Gérard Noiriel reconoce como la del «chercheur engagé» («investigador comprometido»)¹²— está muy lejos de ser la única. Otras dos la han precedido y permanecen a veces en competencia: la del intelectual universal y la del intelectual específico, una y otra muy teorizadas por Foucault.

2. Jalones para una historia social del concepto

El grupo social que forman los «intelectuales» —cuya designación y conceptualización modernas se muestran progresivamente en los años noventa del siglo XIX— se constituye en las dos últimas décadas del siglo XIX a la vez como producción social (resultado de un refuerzo de las categorías intermedias, por una parte, y de los efectos de la masificación de la cultura, por otra) y como producción política ligada a la aparición de un sistema republicano-democrático en el cual el saber está asociado a la política (las clases dirigentes deben ser clases instruidas, siendo el Estado el que promueva una enseñanza escolar de masas y el que erija un panteón de «grandes hombres» —que además se confunde a veces con el Panteón real— en el cual son mayoría los pensadores, los escritores y los científicos). A este lento proceso, que por otra parte podría haberse iniciado en los períodos más lejanos (Jacques Le Goff no duda en hablar de intelectuales en la Edad Media¹³) como en el siglo XVIII o en la era revolucionaria y post-revolucionaria que ve multiplicarse las participaciones a la vez críticas y con proposiciones de «philosophes», «escritores», etc. (Saint-Simon, Fourier y algunos otros), se suma un hecho de trascendental importancia en la historia de la formación de los intelectuales como grupo social: el *affaire* Dreyfus. En esta ocasión —que marca la entrada definitiva de esta palabra en el vocabulario político y social francés—, las minorías cultas se definieron como un contrapoder frente al Estado del cual se pusieron a denunciar las derivas, las infidelidades a los propios principios que él mismo había instituido y le llamaron al orden por diversos medios, de los cuales el más importante fue la prensa. Lo que se escribe constituye el arma absoluta, en correspondencia natural con las competencias propias de los intelectuales, pero también con el estado cultural de una sociedad en el seno de la cual la cultura escrita no tenía aún apenas competencia.

¹² Gérard NOIRIEL, *op. cit.*, pp. 237-245.

¹³ Jacques LE GOFF, *Les intellectuels au Moyen Âge*, Seuil, París, 1957.

Esta etapa constitutiva, bien conocida y bien analizada, ha contribuido, pues, a la definición de un modelo social y moral de intervención política de los intelectuales que ha predominado durante mucho tiempo y que quizás domine todavía la conciencia de los intelectuales franceses. Una práctica de los intelectuales que ha de ser analizada es ese fenómeno referido a que un compromiso dado está precedido de un compromiso anterior. Entre otros mil ejemplos, no hay más que citar un texto a menudo evocado de Pierre Vida-Naquet dando cuenta del compromiso de los militantes (entre los cuales había muchos intelectuales) por tres actitudes: tercermundista, bolchevique y dreyfusista¹⁴.

Este análisis histórico clásico de la noción, a la vez que aclara el sentido de la aparición de un concepto que tiene un doble sentido, político y social, dispone, según me parece, de toda su pertinencia. El modelo «ateniense» del intelectual se apoya en una concepción heroica y romántica de la función. Se habla tanto del intelectual como de los intelectuales. Se evoca así la figura del individuo que se rebela solo y valerosamente contra las temibles fuerzas que han conducido a la injusticia, a la denegación de los principios instituidos, al inmoralismo, etc. Me refiero a Bernard-Lazare o Zola, quienes vuelven a emplear en cierta manera el modelo de Voltaire. Este último es el de la disidencia (en fuerte contraste, pues, con la noción gramsciana del intelectual orgánico) que se encuentra también, en circunstancias mucho más trágicas y peligrosas, durante la Primera Guerra Mundial, con un Romain Rolland solo y aferrado a su firmeza pacifista frente a una Europa constreñida por la situación bélica¹⁵. No obstante, no es verdad que este modelo haya sido entonces el más representativo, orientado como estaba hacia otra época. Al contrario, en el momento del *affaire*, lo que parece predominar es la acción de grupo, o sea el intelectual como colectivo y no tanto como figura singular.

El período siguiente, post-*dreyfusista*, que va de los años veinte a los cincuenta del siglo xx, parece haber hecho del escritor y del artista las principales figuras del intelectual. La disposición reposa menos en la legitimidad intelectual que había presidido la representación más común del intelectual en el período anterior (la capacidad de la persona sabia o, quizás más aún, su «seriedad», su «rigor»; en definitiva, una

¹⁴ Pierre VIDAL-NAQUET, «Une fidélité têtue. La résistance française à la guerre d'Algérie», *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, 10, 1986, pp. 3-9, recogido en Idem, *Face à la raison d'État. Un historien face à la Guerre d'Algérie*, La Découverte, París, 1989, pp. 45-72.

¹⁵ Christophe PROCHASSON et Anne RASMUSSEN, *Au nom de la patrie. Les intellectuels et la Première Guerre mondiale*, La Découverte, París, 1996.

manera de respetabilidad que sustenta su crédito social) que en una cierta forma de moral adherida a una concepción clásica del arte como ejercicio de la belleza y, por tanto, de la virtud. Pero que se me entienda bien. Importa poco que personalmente el intelectual, escritor, pintor, cineasta, etc. sea virtuoso. Son su oficio y su función los que le asocian a un mundo superior que le confiere derechos a la sinceridad. Además, depositario de una cultura universal, el artista como intelectual detenta también los valores últimos de una sociedad de la cual él debe ser el primer defensor. De ellos la Justicia constituye, sin duda, el más eminente.

Sin eliminar la moral como fundadora de la legitimidad de los intelectuales, el saber parece retomar sus derechos desde los años 1960 y 1970, sobre todo en la confluencia de una coyuntura política y de una configuración intelectual en la cual los puentes entre saber y política son posibles y casi naturales. Del lado de la coyuntura política, el combate contra la guerra de Argelia y después el movimiento de mayo del 68 permitió a los historiadores y a los sociólogos, como en tiempos del *affaire* y quizás incluso más que entonces, librar una batalla no sólo en nombre de su ciencia, sino también gracias a ella. Y precisamente el período era particularmente propicio, ya que las ciencias sociales y la historia eran víctimas de un desarrollo intelectual cuya estructura era similar a la que el final del siglo anterior había conocido y rodeado más particularmente al *affaire* Dreyfus. El intelectual se convierte en un sabio, a veces incluso en un experto en el período más reciente, a modo quizás de su equivalente americano, solicitado para orientar al ciudadano, principalmente en los campos del saber donde el grado de tecnicidad es más elevado.

¿Cuál es el nuevo orden internacional desde los años 1980? A la luz de esta historia, se han producido importantes mutaciones. Los criterios de distinción dominantes que sirven para caracterizar a los intelectuales, para distinguirlos por sus prácticas sociales e identificarlos como grupo, han cambiado. Hasta tal punto que, además, a lo largo de los años ochenta surgió un tema en el espacio público que dio lugar a muchos artículos, folletos y libros, el fin de los intelectuales, su desaparición o su crisis. ¿Cómo se puede interpretar este tema cuyo primer efecto fue hacer el concepto de intelectual más opaco y en consecuencia animar muchos ejercicios léxicos y un retorno a la historia social y política para tratar de esclarecer mejor el surgimiento del mismo?

Tomando como pretexto la muerte de muchos «grandes intelectuales» (Malraux, Sartre o Aron y después la generación de las ciencias humanas, con nombres como Barthes, Foucault, Althusser, etc.), el tema de la desaparición de los intelectuales pone de manifiesto en el

fondo otro fenómeno mucho más profundo que la desaparición más o menos precoz de grandes mentes. Los modos de legitimación que sustentan la intervención pública de algunos y, por tanto, su supuesta influencia se transforman. A la autoridad intelectual y a la moral sucedía la simple notoriedad. Los años ochenta vieron, pues, aparecer nuevos intelectuales, a menudo salidos de oficios intelectuales y artísticos que antes no eran considerados como partes integrantes de la *intelligentsia*: artistas, cantantes, presentadores de televisión o de radio, «saltimbanquis», etc. Esta integración fue paralela a la tomada por esos nuevos apoyos que constituían radios y televisiones en detrimento de la expresión escrita, la cual empezó a conocer un fuerte retroceso en tanto que el diferencial de audiencia crecía entre los viejos mensajes, fundados en la comunicación escrita, y los nuevos, fijados en el mundo de la imagen y del sonido. Aquélla se explica también por el aumento considerable de efectivos, ya que en una sociedad que dispone de un nivel cultural tan elevado como resultado de la masificación de la enseñanza secundaria primero y de la superior después, la pretensión de un estatus de intelectual se encontraba también devaluada. Si el intelectual dejaba de ser un bien escaso, en cierta manera perdía su precio. Su utilidad social se encontraba de golpe devaluada.

De este nuevo orden social, en el que hay que inscribir la coyuntura política de una izquierda en el poder que afrontaba las coordenadas de una nueva cultura política, han derivado importantes fenómenos con relación a los intelectuales. Los del «viejo modelo», legitimados por su saber y/o su moral, sólo pudieron escoger entre dos actitudes. La una consistía en mantenerse firmes en los principios del saber y del rigor intelectual y en la defensa de su autonomía, con el riesgo de separarse del mundo social, de lanzar mensajes inaudibles y de privarse así del acceso al espacio público. En definitiva, de preferir la ética de laboratorio a la del compromiso o de la intervención. La otra tendía a hallar compromisos con los nuevos modos de comunicación y las nuevas formas de la demanda social con el peligro esta vez de alienar toda libertad intelectual y de sufrir la contaminación del sentido común. Esta alternativa ha tenido una consecuencia grave, la de reforzar la cultura anti-intelectualista nacida en los mismos años en los que los intelectuales se mostraban como una nueva fuerza social. Los intelectuales son considerados como espíritus abstractos, incapaces de ofrecer «soluciones a los problemas», sino más problemas a las soluciones. O bien, a la inversa, de no ser más que malabaristas de ideas, pedantes artífices desprovistos de nuevas perspectivas, justo muy buenos para apoyar a uno u otro hombre o grupo político en el momento de las elecciones.

3. Los intelectuales y el pueblo

Incluso cuando el concepto de intelectual parece haberse construido más en el ala izquierda del terreno político, lo que otorga a su definición una dimensión política que ha sido subrayada muchas veces y contribuye pues a contrariar todo esfuerzo de neutralización conceptual, los intelectuales se presentan como una minoría, poseedora de cualidades propias, que tiene acceso a la verdad. El intelectual es el que mantiene relaciones privilegiadas con la razón y la verdad. Por misión, por vocación, se opone al sentido común, a la versión muy rápidamente admitida por la mayoría, a la cultura de masas que menosprecia. El carácter aristocrático de los intelectuales, nobleza recreada por la República, a menudo es denunciado por el anti-intelectualismo. En 1931 el sindicalista Hyacinthe Dubreuil lo dice abruptamente después de haber señalado que él había leído muchas veces «contre le travail qu'on appelle «manuel» des attaques provenant «d'intellectuels» qui ne peuvent visiblement admettre que l'exercice d'un métier soit aussi une discipline intellectuel»: «Les mots *intellectuel* et *manuel* sont-ils autre chose qu'une traduction moderne et polie des anciens mots *noble* et *roturier*?»¹⁶. Los intelectuales, tan cuidadosos en sus grandes combates por la defensa de los valores republicanos y democráticos, se encontrarían así envueltos en una contradicción fundamental que se podría formular como sigue: cortando la cabeza del rey, se sabe que la Revolución, en el mismo movimiento, había cortado la cabeza a todos los padres de familia; desde entonces la República fue un dolor de cabeza y buscó por todos lados el tratar de compensar la pérdida. Pues este régimen que proclamaba alto y fuerte su ideal igualitario, hasta tal punto además que hizo de ello uno de los aspectos de su lema, mantuvo pronto con la democracia unas relaciones turbias. Así, la República francesa no rompió jamás del todo con el sistema de valores aristocráticos. Su régimen social continuó estando impregnado de ellos. No cesó de instalar elites nuevas, una de cuyas figuras más originales fue la que encarnaban los intelectuales. Este grupo social que se inventó a sí mismo a finales del siglo XIX constituyó un cuerpo mal definido, o, si se prefiere,

¹⁶ Hyacinthe DUBREUIL, *Nouveaux Standards. Les sources de la productivité et de la joie*, Grasset, París, 1931, p. 148.

Traducción: «contra el trabajo que se llama «manual» ataques provenientes de «intelectuales» que claramente no pueden admitir que el ejercicio de un oficio sea también una disciplina intelectual»: «¿las palabras *intellectual* y *manual* son acaso otra cosa que una traducción moderna y amable de los viejos vocablos *noble* y *plebeyo*?».

expuesto a continuas redefiniciones. Tal es el problema de las aristocracias no legitimadas: imponer sus derechos a toda una sociedad. Los intelectuales franceses, al mismo tiempo que se instalaban en el corazón de la sociedad, fueron inmediatamente víctimas de acusaciones pasando por una labor de descalificación contra la cual algunos replicaron con ensayos mediante de los cuales trataban de definirse. He aquí, pues, una de las explicaciones que se puede dar para tratar de comprender por qué la «cuestión de los intelectuales» en Francia, es decir, su definición, más que en ningún otro país, fue durante mucho tiempo un deporte nacional¹⁷.

La denuncia de los intelectuales como actores políticos no concierne sólo a la derecha. Desde el *affaire* existe una corriente bastante fuerte que ataca, a veces con una gran agresividad, la presencia incluso de los intelectuales en el seno del movimiento obrero o socialista. En este sentido es bien conocido el caso del llamado sindicalismo revolucionario de principios de siglo. Georges Sorel, quien estuvo próximo a él, es el autor de textos inolvidables en los que ataca con ardor a los intelectuales. Y se manifiesta contra toda concepción de intelectual. Por ejemplo, en 1897, en *L'avenir socialiste des syndicats*, escribe¹⁸: «La véritable vocation des Intellectuels est l'exploitation de la politique; le rôle de politicien est fort analogue à celui de courtisan, et il ne demande pas d'aptitude industrielle. Il ne faut pas leur parler de supprimer les formes traditionnelles de l'Etat; c'est en quoi leur idéal, si révolutionnaire qu'il puisse paraître aux bonnes gens, est réactionnaire. Ils veulent persuader aux ouvriers que leur intérêt est de les porter au pouvoir et d'accepter la hiérarchie des capacités qui met les travailleurs sous la direction des hommes politiques»¹⁹. Además, continúa así²⁰: «Les intellectuels ne sont pas, comme on le dit souvent, les hommes qui pensent: ce sont les gens qui font profession de penser et qui prélèvent un salaire

¹⁷ Véase Pascal ORY et alii, *Dernières questions aux intellectuels*, Olivier Orban, París, 1990.

¹⁸ Georges SOREL, *Matériaux d'une théorie du prolétariat*, Slatkine, París, 1981 (1.ª ed. 1921), p.90.

¹⁹ «La verdadera vocación de los intelectuales es la explotación de la política; el papel de político es muy parecido al de cortesano y no precisa de una aptitud industrial. No es necesario hablarles de suprimir las formas tradicionales del Estado; lo que constituye su ideal, por muy revolucionario que pueda parecer a las personas de bien, es reaccionario. Quieren convencer a los obreros de que su interés es el de llevarles al poder y aceptar la jerarquía de los capacitados que pone a los trabajadores bajo la dirección de los hombres políticos».

²⁰ Georges SOREL, *op. cit.*, p. 157.

aristocratique en raison de la noblesse de cette profession.»²¹. Y veinte años más tarde el mismo Sorel se felicitaba de la consigna adoptada por los bolcheviques: «¡Muerte a los intelectuales!». En esta esfera de influencia que se desarrolla al mismo tiempo que lo que a veces se denomina una edad de oro del intelectual se podrían encontrar otros muchos ejemplos, de Edouard Berth a Hubert Lagardelle, y hasta en las filas de la CGT. O también en la obra de Péguy, de quien no se puede olvidar su hostilidad al «partido intelectual». En un texto famoso consagrado a la expresión escribe lo siguiente²²: «C'est fausser la raison, écrit-il en un texte fameux qui consacre l'expression, que de s'imaginer, comme l'a rêvé Renan, un gouvernement spirituel de la terre habitée, un gouvernement des intellectuels omnipotents. Une république de cuistres ne serait pas moins inhabitable qu'une république de moines.»²³.

Durante todo el siglo xx, en el seno mismo de los partidos socialistas y más aún, al menos en algunos períodos, en el de los comunistas los intelectuales no tuvieron siempre buena prensa. En 1927 un responsable de la SFIO estableció esta constante²⁴: «Je n'ai certes pas à ma disposition de statistique établissant exactement l'origine sociale des membres de nos sections, mais j'ai bien l'impression, par le travail de nos Congrès, par l'orientation des préoccupations de nos sections —quand elles en ont— que celles-ci continuent d'être essentiellement peuplées et mues par des demi-bourgeois, des intellectuels et que les éléments ouvriers et prolétariens y sont après tout rares. Et je ne nie pas la foi démocratique, indispensable à notre parti, à ces éléments demi-bourgeois, ni les qualités critiques et l'apport scientifique, non moins indispensables, de ces éléments intellectuels. Mais, parti de classe en théorie, le Parti socialiste l'est beaucoup moins en réalité. Son recrutement, insuffisamment dirigé vers ou dans les milieux prolétariens, est une des causes essentielles de sa sclérose, de son apathie

²¹ «Los intelectuales no son, como se dice muchas veces, los hombres que piensan; son las personas que hacen profesión de pensar y que perciben un salario aristocrático en razón de la nobleza de esta profesión».

²² Charles PÉGUY, «De la situation faite au parti intellectuel dans le monde moderne devant les accidents de la gloire temporelle», *Cahiers de la Quinzaine*, 1er Cahier, IXème série.

²³ «El imaginarse, como ya lo soñó Renan, un gobierno espiritual de la tierra habitada, un gobierno de los intelectuales omnipotentes es falsear la razón. Una república de pedantes sería tan inhabitable como una república de monjes»

²⁴ Georges BOURGIN, «Apathie mortelle», *La Vie socialiste*, 70, 1.º —octubre— 1927, p. 3.

morale.»²⁵. El texto merece ser subrayado en muchos de sus aspectos. Conviene señalar primeramente que viene de Georges Bourgin, él mismo intelectual, historiador y archivero. El segundo punto a destacar es la búsqueda de la puridad de clase que parece que es lo único que puede dar su identidad a la izquierda. Los intelectuales, un tipo de bastardo social, parecen portar en sí mismos la traición por definición. El tema, pues, continúa igual desde Sorel y los sindicalistas revolucionarios. Lo volveremos a ver en el discurso comunista de la misma época o de los años cincuenta, sobre todo en la pluma de Jean Kanapa estigmatizando a los intelectuales²⁶ o llamándoles al orden por su puesta al servicio del partido. Sin estos escritos no se habría terminado de seguir el hilo de la historia de este anti-intelectualismo de izquierda, el cual apenas se diferencia del de la derecha, caracterizado por una hostilidad hacia los intelectuales que permite a veces a algunos distinguir uno de los mayores componentes de la extrema derecha. No hay más que traer a colación, por ejemplo, el célebre texto de Barthes consagrado a Poujade y a los intelectuales. Aunque en verdad la extrema derecha no tiene de ninguna manera la propiedad exclusiva en este terreno²⁷.

Conclusiones

Lo que nos enseña la historia de los conceptos es la relatividad histórica que apela al examen meticuloso de los contextos discursivos y sociales usuales. Esta regla vale para todos los vocablos y para todos los conceptos. Es quizás por ello por lo que esta regla de método vale más en tanto que aquéllos transmiten una indeterminación semántica

²⁵ «Ciertamente yo no tengo a mi disposición una estadística que indique exactamente el origen social de los miembros de nuestras secciones, tengo la impresión, por el trabajo de nuestros congresos, por la orientación de las preocupaciones de nuestras secciones —cuando las hay— que continúan estando esencialmente formadas y animadas por medio-burgueses, intelectuales, y que los elementos obreros y proletarios son después de todo raros. Y yo no niego la fe democrática, indispensable en nuestro partido, a estos elementos medio-burgueses ni las cualidades críticas y el aporte científico, no menos indispensables, de estos elementos intelectuales. Pero, partido de clase en teoría, el Partido socialista lo es en realidad mucho menos. Su reclutamiento, insuficientemente dirigido hacia o en los medios proletarios, es una de las causas esenciales de su esclerosis, de su apatía moral».

²⁶ Véase Jeannine VERDÈS-LEROUX, *Au service du Parti. Le Parti communiste, les intellectuels et la culture (1956-1985)*, Fayard/éditions de minuit, París, 1985.

²⁷ Roland BARTHES, «Poujade et les intellectuels», en *Mythologies*, Seuil, París, pp. 182-190.

ligada primero a una historia contrastada. Conviene decir que son términos más o menos estables cuya definición es, por lo tanto, más o menos acomodada. Algunos han pasado como a hurtadillas y están esparcidos en el maletín de los pensadores como viejos útiles herrumbrosos y olvidados. Podrán ser utilizados sin demasiado esfuerzo. Hay otros que han servido casi de manera abusiva. Han designado muchas realidades contradictorias. Sucede incluso que son discutidos aún todavía. Y al mismo tiempo vienen a ser difícilmente recuperables. Se habrá comprendido que el término *intelectual* responde completamente a esta última categoría.